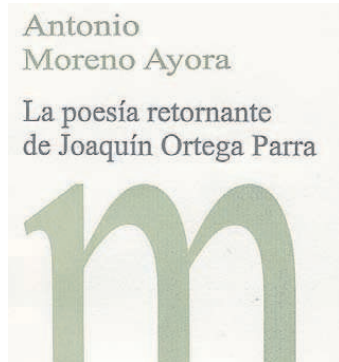


Ensayo de Moreno Ayora



Juan de Dios Torralbo Caballero

Antonio Moreno Ayora, lingüista y crítico literario reconocido en cuya autoría anotamos, entre otras, publicaciones mayores como *Sintaxis y semántica de 'como'*, *La negación en español*, *Ritos de Babel* (*Textos críticos de literatura andaluza*) o *Historia literaria cordobesa*, acaba de entregar el nuevo título *La poesía retornante de Joaquín Ortega Parra*, que debemos considerar continuación de aquel otro ensayo editado por Ánfora Nova en 2005: *La poesía de Ortega Parra* (*Síntesis crítica y antología esencial*). Fue en esta última donde situó en su justo lugar y prestándole la atención adecuada al poeta murciano, de Cartagena, Joaquín Ortega Parra, autor de diecinueve poemarios y varias antologías –una incluso traducida al italiano– que Moreno Ayora investigó y comentó con una minuciosidad llamativa. Desde entonces, puede decirse que este crítico cordobés es la máxima autoridad para hablar del poeta cartagenero.

La circunstancia de que después del 2005 Ortega Parra haya publicado tres nuevos poemarios (cuya valía ha sido referendada con sendos premios poéticos), parece haber sido la razón de que de nuevo Moreno Ayora haya querido continuar su primer trabajo con un segundo ensayo al que ha puesto como título *La poesía retornante de Joaquín Ortega Parra*. No tiene éste, por lógica, la extensión del que la precede, pero sí dos raras cualidades, las de la esencialidad y de la claridad. El afán didáctico y el detallismo del análisis literario son dos rasgos añadidos como consecuencia. Así, tras la justificación del título –en donde retornante es adjetivo que señala la vinculación temática de toda la poesía de Ortega Parra–, se reservan tres capítulos fundamentales para comentar los tres poemarios aludidos (*Morir es un estado permanente*, *Este viejo payaso* y *Sin entrar en detalles, por supuesto*), añadiéndoles después otro que sirve de epílogo y uno más que representa una breve antología de tales poemarios. Quédesse el lector con una de las conclusiones de la crítica de Moreno Ayora –doctor en Filología Hispánica y catedrático de Enseñanza Secundaria–, quien tiene “la convicción de que Joaquín Ortega Parra es uno de los poetas más originales, coherentes e interesantes del momento lírico actual”. Las páginas de este ensayo, al menos, ofrecen argumentos muy válidos para poder hacer tal afirmación desde la voz de un crítico que sabe de lo que escribe.

'La poesía retornante de Joaquín Ortega Parra'. Autor: Antonio Moreno Ayora. Edita: Corona del Sur. Málaga, 2010.

La épica de la memoria

López Andrada aborda los últimos años del franquismo

Pedro M. Domene

El niño y el adolescente o, por razones sociológicas, los muchachos y las muchachas de una época, a excepción del niño-pícaro, y en determinados períodos de nuestra literatura, son algunos de los protagonistas más frecuentes en la narrativa del siglo XIX y XX. La realidad del mundo infantil y juvenil se muestra en su esplendor no solo en las renombradas obras de Miguel Delibes *El camino* (1950) o *Las ratas* (1962), sino en toda una amplia tradición anterior y posterior que oscila entre los huérfanos de *iAdiós, Cordera!* (1891), el niño Pepe Garcés de *Crónica del alba* (1942), el entrañable Santi –el mejor ejemplo del exilio infantil– en *El otro árbol de Guernica* (1967), los recuerdos del niño de *Conversación sobre la guerra* (1978), o el nieto, a quien va dirigida la historia, de *La sonrisa etrusca* (1985), por citar algunos de los muchos ejemplos recogidos por Eduardo Godoy Gallardo en *La infancia en la narrativa española de posguerra* (1979).

Alejandro López Andrada realiza desde sus comienzos una auténtica mitificación épica de la memoria, con esa fuerte presencia e influencia de la tierra en muchos de sus textos más variados, un espacio rural que conoció durante su infancia, su posterior adolescencia y que ahora, en su madurez literaria, recrea como esa marca de identidad de un lugar y de una época que ha derivado en una exquisita expresión lírica, una fuerza narrativa y una profunda visión ensayística. Quizá por eso, López Andrada se ha convertido en la conciencia de esa agigantada destrucción de algunas profesiones y bastantes costumbres, recuerda la desaparición de algunos personajes singulares que vivieron la difícil posguerra, identificados como perdedores y, aún más, solitarios porque siempre han luchado por una supervivencia.

La nueva novela de Alejandro López Andrada (Villanueva del Duque, Córdoba, 1957), *Un dibujo en el viento* (2010), formaría parte de esta singular tradición del niño-adolescente que sobrevive triste y atormentado en una época concreta: la agonía de unos años que incluyen esa extraña sensación de orfandad y desarraigo que supone una situación donde, para los mayores, la memoria aún es algo por lo que luchar. Cristino, el protagonista, es un adolescente que vive las contradicciones de una singular época histórica, la de una España franquista en sus últimas bocanadas, aunque con la misma fuerza

represiva ejercida de las décadas posteriores a la Guerra Civil, hecho que el niño percibe en su propio entorno: Veredas Blancas, el espacio geográfico creado por López Andrada, un lugar que durante muchos años le ha servido para dejar constancia de una particular cosmogonía. Un posible territorio literario donde desarrollar buena parte del sufrimiento, del desarraigo y de la pérdida de identidad en una región, fácilmente identificable con Los Pedroches, cuyos habitantes sobrevivían a ese enfrentamiento silencioso entre dos Españas: la de los gloriosos vencedores y la de los sufridos vencidos, todos arrastrados a un silencio solo recu-

que incluye rencor, dolor, muerte. La suya es esa imagen idílica con que se identifica la infancia, esa etapa de las eternas preguntas de un joven que, años después, aún conserva lo relacionado con su vida pasada y la supervivencia impuesta, motivo de esa conciencia real que posibilita un relato como *Un dibujo en el viento*, cuando entonces la felicidad no era una sensación posible, y no fue así porque Cristino vivió la separación de una madre, ausente de la casa familiar durante meses para cuidar a una abuela enferma, el estigma de una educación sesgada, incluso esa dura violencia sostenida en un ambiente no menos hostil, con conti-



Imagen de la portada del libro de Alejandro López Andrada 'Un dibujo en el viento'.

perado por una literatura valiente. López Andrada levanta acta del derrumbe de toda una identidad, la de los orgullosos habitantes de la sierra cordobesa, la desaparición de muchos de sus oficios, de su sabiduría ancestral en torno al campo y al paisaje que los caracteriza y, sobre todo, a ese espectro que supone el paso del tiempo y la conciencia colectiva. Pero, en esta ocasión, el narrador cordobés ha optado por la ficción, con ligeros tintes de connotaciones políticas al hilo de la represión ejercida aún durante los años en que se sitúa la acción, la segunda mitad del 68, cuando el joven Cristino empieza a despertar a una adolescencia en la que percibe los cambios que se producen a su alrededor, cuando empieza a ser consciente de lo que hasta ese momento nunca había percibido: un gran secreto de familia

nunos temores a lo desconocido y al miedo, sobre todo, a un suceso singular, ese secreto inconfesable que se refiere a su familia, relacionado con el abuelo, el tío Nicolás, con su padre, además de conocidos vecinos como el taxidermista Floro, el guardia Jimeno y el Pastor de las Nieblas que, para él y para otros muchos, en una angustiada sociedad, hicieron algo heroico aquel 15 de diciembre de 1968, un hecho que, muchos años después, en la intimidad del pensamiento de un Cristino adulto, cuando se encara con la soledad y su memoria recupera la imagen de unos muertos cuyo espíritu sigue vivo, mientras se siente rodeado por las sombras de una confianza tan extrema, convierte en palabra escrita.

'Un dibujo en el viento'. Autor: Alejandro L. Andrada. Edita: El Páramo. Córdoba, 2010.